

S. FRANCISCO DE SALES
—
INTRODUCCIÓN
Á LA VIDA DEVOTA

LIBRERÍA P. OLLENDORFF

BX2179

.F8

I74

LA ORATORIA SAGRADA EN FRANCIA

D6B

INTRODUCCIÓN Á LA VIDA DEVOTA

DEL DOCTOR DE LA IGLESIA

S. FRANCISCO DE SALES

Traducida al castellano

POR

Don FRANCISCO de QUEVEDO y VILLEGAS

COTEJADA CON LAS EDICIONES FRANCESAS DE

1608-1609-1619-1893

*Con varias ediciones españolas, y con los estudios más recientes
sobre la vida y las obras del Santo*

POR

N. J. CASAS



BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozaya
PROFESORA DE CANTO.

PARIS

SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS

Librería Paul Ollendorff

50, CHAUSSEE D'ANTIN, 50

1908

Serv. Navier...

38053



1020042641



BIBLIOTECA

252
MONTES,
1917 13 1
BX 2179

F8

174



ACERVO GENERAL

117177

DONADO POR
BIBLIOTECA PARTICULAR

DE LA

Grta. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO.

NOTICIA PRELIMINAR

« *Prévôt, tu prêches trop!* »

Una anécdota chispeante y revestida de aquel candor que sólo ofrecen la niñez y la santidad, nos da á conocer mejor que los discursos más dilatados y numerosos cual era el estado de la oratoria sagrada en Francia en la época que precedió al suavísimo cuanto fructuoso apostolado del obispo de Ginebra san Francisco de Sales.

Cierto día, refiere el santo, me dijo privadamente mi venerado padre : « Deán, predicas demasiado á menudo ; aun en los días de trabajo oigo las campanas tocar á sermón, y al preguntar quien predicará se me contesta invariablemente : « Pues quien ha de ser sino el Deán ? » Otra cosa eran mis tiempos ! Raros eran entonces los sermones ; pero ; esos si que eran sermones ! Sabe Dios cuanto los estudiaban y preparaban sus autores, y qué de maravillas nos referían en ellos. Campeaban más textos griegos y latinos en cada uno que en diez de los tuyos ; acudían presurosas las gentes á la Iglesia como si fueran á la distribución del maná y salían encantadas y conmovidas por el orador ; al paso que á ti no se te estima en tanto porque la frecuencia con que predicas ha venido á hacer demasiado familiar y común el ministerio de la cátedra sagrada. »

Á esos discursos que en el sentir del padre de nuestro santo,

que era también el de la época, edificaban de tal modo á los oyentes vino á poner fin san Francisco de Sales substituyendo á los artificios y melindres de la retórica una dicción amena; pero franca y sencilla; á las citas profanas é ininteligibles, los textos llanos del Evangelio; y á las hipérboles é hinchadas metáforas, símiles y comparaciones tomadas de la naturaleza. Y movido por el celo de la conversión de las almas, lejos de ceder al demonio tentador de la elocuencia se allanaba á hablar el tosco lenguaje del aldeano, á trueco de hacerle comprender más facilmente las enseñanzas cristianas. Por ese camino, y con tan sencillos medios restableció la piedad, convirtió los calvinistas, obtuvo la devolución de cuantiosos bienes á la Iglesia y abrió la era que debían ilustrar el lenguaje florido de Flechier, la magestuosa elocuencia de Bossuet, la dialéctica del severo Bourdaloue y el estilo atildado y persuasivo de Massillon. Mas ya sea porque las numerosas y variadas labores del santo no le permitiesen escribir los sermones; ya porque se dirigía con mayor frecuencia á montañeses y labriegos, no pueden considerarse como modelos oratorios los dados á la estampa en diversas ocasiones, por mas que se deba su conservación al cuidado vigilante de piadosa amistad. Bastan á su gloria literaria las cartas y tratados sobre la práctica de la piedad que dejó escritos y que le confieren á juicio universal la primacía en la delicadísima y árdua ciencia de la dirección moral de las almas. Sobresale entre todas sus obras, por ser la que se halla al alcance de mayor número de lectores, la *Introducción á la vida Devota*, manual perfecto de acendrada piedad y perla inestimable de la literatura y de la filosofía cristianas como la apellida un docto y sazonado escritor contemporáneo (1).

Dar á conocer pormenorizadamente al lector las bellezas literarias y la elevada doctrina moral que encierra esa obra, excedería con mucho los límites de esta prefación y le privaría por otra parte del placer de descubrirlas y gustarlas por si mismo. Bástenos reproducir algunas imágenes de que echa mano el santo

(1) Amedée de Margerie, Saint François de Sales. Paris, Lecoffre, 1904.

para ilustrar las razones que le mueven á doctrinar las almas en la práctica sosegada de la piedad, y á proscribir los ímpetus y el ardimiento que pueden viciarla.

« La lluvia que cae suavemente fecunda las yerbas y simientes de los campos, y los ríos que los recorren apacibles conducen los grandes bajeles cargados de ricas mercancías; mas las corrientes y ríos que corren impetuosamente asolan la campiña sin aprovechar al tráfico y los aguaceros torrenciales arruinan campos y sembrados. Nunca las cosas hechas con ímpetu y precipitación han sido de provecho, y todo ha de festinarse lentamente como dice el proverbio. Hacen los zánganos más ruido y se muestran más activos al parecer que las abejas y sin embargo labran tan sólo la cera, y no la miel: del propio modo aquellos que se afanan con ardor y ruidosa solicitud no consiguen hacer jamás muchas ni grandes cosas.

Imitad á los niños que apretando con una mano la del padre, alcanzan con la otra las fresas ó las moras entre las plantas que cercan las heredades; y manejad los bienes terrestres con una de las manos sin soltar de la otra, la del Padre Celestial, volviendo de vez en cuando los ojos hacia él para ver si le complacen vuestra hacienda y vuestras ocupaciones. Guardaos sobre todo de desasiros de su mano y apartaros de su protección por la codicia de allegar cuantiosos bienes; porque si os abandonare no dareis paso sin caída mortal. Quiero decir Filotea mía, que en medio de los negocios y de las ocupaciones que no exigen asidua atención habeis de pensar más en Dios que en los negocios; y cuando éstos la exigieren toda, para su cumplido desempeño, debeis dirigir á Dios vuestras miradas de tiempo en tiempo, no de otro modo que los navegantes para aportar á la tierra que desean miran al alto firmamento y no á las aguas que surcan sus naves. De esta suerte Dios trabajará contigo, en tí y para tí, y el trabajo os llenara de dulce satisfacción » (1).

Esta cita, y la relación de la obra prodigiosa llevada á feliz

(1) Capítulo X, parte. 3ª.

término y remate por san Francisco de Sales no podrán menos de despertar la curiosidad de quien ignore la vida del santo, y moverle á preguntar cómo llegó á persuadir la fe cristiana á tantos y tan obeccados enemigos de la Iglesia, y como alcanzó esa maestría que todo el mundo le reconoce en la dirección de las almas, y de la cual serán perenne testimonio sus obras. El santo mismo absuelve esas preguntas haciéndonos ver que sólo el amor á Dios puede dar nacimiento al verdadero amor del prójimo. He aquí como se expresa :

« No deberíamos decirnos los unos á los otros, al ver al prójimo creado á imagen y semejanza de Dios, ¿ no deberíamos decirnos : Mirad como se parece al Criador esa criatura? y ¿ no deberíamos acercárnosle y prodigarle con sinceridad y ternura nuestro afecto? ¿ Lo harémos empero por amor á ella? No por cierto, pues ignoramos si es por si misma digna de amor ó de aborrecimiento ¿ Mas porqué motivo, entonces? Por amor á Dios que la ha formado á su imagen, y hecho por tanto partícipe de su bondad » (1).

¡ El amor de Dios! Palabra de imposible entendimiento para ciertos reformadores contemporáneos que imbuídos en el grosero error de creer que toda mutación y todo cambio son siempre un perfeccionamiento; se imaginan poder establecer el reinado de la voceada fraternidad proscribiendo el cristianismo de las instituciones, de las escuelas, de la misma beneficencia y sustituyendo las doctrinas que predicán é inculcan el amor al prójimo, como obligado corolario del amor de Dios, por no se que sentimientos denominados altruistas sin fundamento ni base conocida. ¡ Vano empeño! La verdadera fraternidad, la fraternidad que predicaba, y de que fué vivo ejemplo el santo obispo de Ginebra, no se alcanza con ruidosa palabrería sino mediante la práctica sincera de la piedad cristiana; porque la fuerza que mueve los hombres al amor de sus semejantes no puede ser meramente humana, que de serlo, los frutos del cristianismo se encontrarían por donde

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. X, c. 3ª.

quiera que hay hombres cualesquiera que fuesen sus prácticas y doctrinas. Obra verdaderamente antisocial es por consiguiente la de los que guerrean desafortadamente por acabar con las enseñanzas cristianas; porque combatiendo la única institución capaz de inculcar con firmeza y éxito feliz el amor al prójimo, se oponen manifiestamente al bienestar y provecho de los pueblos.

Informado el lector del espíritu que guiaba la vida é inspiraba los escritos de nuestro autor, espíritu que ha dado á la Iglesia santos y doctores sin cuento, séanos permitido decirle algunas palabras acerca de los principios que lo nutrieron y vivificaron, así como sobre la parte que en sus obras es hija de genial inspiración y dotes naturales. Con franca sinceridad nos enseña el santo los primeros, afirmándonos humildemente desde el prefacio mismo de *la Introducción* que nada de nuevo nos ofrece y que sólo repite cuanto por sus antecesores se ha publicado en la materia. Si tal aserción es cierta en cuanto se refiere á los fundamentos de *la Introducción*, porque la misión de los doctores de la Iglesia no el es descubrimiento de ignorados veneros sino el beneficio de los tesoros inagotables de la revelación, como lo observa el sabio monje benedictino Mackey (1); no es menos cierto que la manera como san Francisco expone las verdades enseñadas antes de él es enteramente nueva y le es propia y original. Los místicos españoles, muy en particular santa Teresa de Jesús y el incomparable Granada, fueron sus maestros; mas es incontestable que al santo cupo en suerte acomodar por decirlo así, las máximas evangélicas á todas las condiciones y rangos sociales haciendo patente que con ninguno de ellos se halla reñida la virtud; que no puede ser su práctica ocasión de desabrimientos y enojos; y que la creencia que prevalecía en aquella época de no poder florecer la piedad sino en los claustros, al amparo del sosiego monacal, era infundada.

El modo como el autor de *la Introducción* considera la práctica

(1) *Œuvres de Saint François de Sales*. Tome III, Annecy 1893.

de la vida cristiana luce particularmente en los capítulos sobre *los deseos, la elección que se debe hacer cuanto al ejercicio de las virtudes, el espíritu de justicia y de equidad* y más que todo en el gran principio de que la penitencia ha de tener su asiento en lo íntimo del alma. La doctrina que encierran los capítulos de *la mansedumbre con nosotros mismos, el amor que la humildad inspira á nuestra propia bajeza y el modo de tratar sin precipitación ni congoja los negocios*, no había sido explicada por sus antecesores. Ni ofrecen menos novedad los que discurren acerca de *la decencia en el vestir, la honestidad de las palabras, las amistades, la conversación y los deportes y pasatiempos*. De todo ello se encuentran las bases en el Evangelio, en los tesoros del ascetismo del Oriente escrupulosamente conservados en los libros de san Gregorio de Nacianzo, san Basilio y san Juan Crisóstomo, no menos que en los expositores de los tiempos más recientes en que la Iglesia, libre ya de las persecuciones, podía dar amplio y generoso vuelo á sus enseñanzas; mas no se hallaban en aquella época tales exposiciones al alcance de los fieles, en forma compendiosa ni en las lenguas vulgares. Recogió también nuestro santo para condensarlos y popularizarlos en sus escritos, los pensamientos de los eremitas y solitarios como lo atestiguan sus frecuentes remisiones á los libros de Casiano, san Bernardo y san Anselmo; prueba, dice el sabio benedictino ya citado, de que las enseñanzas del cristianismo son hoy lo que eran ayer y lo que serán en todos los siglos (1).

Ejercieron, empero, mayor influencia en la labor de *la Introducción; el Combate Espiritual* (2) obra con la cual se familiarizó el santo durante su vida de estudiante en Padua, y como ya lo observamos, las doctrinas de santa Teresa y las obras del Padre

(1) Op. cit.

(2) Atribúyese esta obra al religioso teatino Lorenzo Scupoli, no obstante dudarse que la idea primitiva de la obra le pertenezca. Apareció la primera edición de 24 capítulos el año de 1589 en Venecia, y se asegura que al morir en 1599 el religioso benedictino Juan Castaniza, confesor de Felipe II, se halló entre sus papeles un manuscrito español, que correspondía exactamente á la primera edición italiana del *Combate Espiritual*.

Granada que el santo designaba con el nombre harto significativo de su segundo breviario (1).

Compendiar en forma clara y correcta las doctrinas evangélicas y el sentir de los padres de la Iglesia en cuanto á su práctica, no bastaba; preciso era inspirar amor á la virtud haciéndola gustosa y atractiva, pues de muy poco servía ofrecer al cristiano un ideal si no se le infundían, al propio tiempo, los deseos de abrazarlo. En ese sujeto estriba el mérito principal de la empresa acometida por el santo, siendo muy de notar que fueron coronados sus propósitos con el más feliz éxito, sin prestar á la devoción, como han pretendido algunos que lo hizo, aspecto almibarado para hacerla agradable, á la manera que se disfraza la acritud de ciertas medicinas cubriéndolas de azúcar; sino mostrándola por el contrario con su ropaje natural y persuadiéndonos que su misma austeridad la hace acreedora á nuestro amor. » No podía, y Dios sea loado por ello, dice el Cardenal Wiseman, ampliar el camino estrecho; mas lo limpió de muchos abrojos y de las piedras pesadísimas que lo embarazaban » (2).

Instruido ya el lector sobre el génesis de la obra, y su carácter universal y profundamente psicológico, conviene recordarle quien es su traductor. D. Francisco Gómez de Quevedo y Villegas de quien bien puede decirse que fué versado en desdichas, como de sí propio lo dijo Cervantes; fué hombre de variadísimos y profundos conocimientos, insaciable curiosidad científica, despejada inteligencia y singular destreza en el manejo del lenguaje castellano. Ni Cervantes ni Lope de Vega le escasean los elogios, y si es más conocido por su verba epigramática y sus escritos festivos contra los poetas memos y la gente apicarada, numerosas pro-

(1) Créese fundadamente que el santo se servía de la traducción francesa publicada en Paris el año de 1602 en casa de Claude Morel, bajo este titulo:

Les Oeuvres spirituelles et dévotes du R. P. Loys de Granada de l'Ordre de Saint Dominique, en quatre livres. Le tout traduit de l'espagnol en françois, partie par Paul Dumont, Douysien, partie par Nicole Colin, chanoine et Thésorier de l'Eglise de Rheims: le surplus par François Belle-forest et Jésu Chabanel Tholosain. Depuis revue, corrigé et augmenté par N. D. S.

(2) The true Spiritual conference of Saint-Francis of Sales with a Preface by His Eminence Cardinal Wiseman, London 1862.

ducciones le dan puesto muy levantado entre los moralistas y filósofos de buena escuela. Así lo sienten entre otros distinguidos críticos el P. Maestro Juan Manuel de Arguedas, de la Compañía de Jesús, Examinador Sinodal de Ávila y Calificador del Consejo Supremo de la Santa Inquisición, en la censura que encabeza la colección de las obras de Quevedo publicada en Madrid el año de 1713. Las diversas misiones diplomáticas que le tuvieron ausente de España por largo tiempo, y sobre todo la encarnizada persecución de que fué víctima, no le permitieron publicar su traducción hasta el año de 1634. Muy de nuestro gusto sería poder fijar la época en que la hizo; pero nuestras investigaciones han sido hasta hoy infructuosas. Según el Padre Arguedas ya mencionado, Quevedo « la tradujo fielmente hallándose en Sicilia en compañía de aquel gran duque de Osuna D. Pedro Girón, virrey entonces de aquel reino, y de allí comenzó á extenderse con gran aplauso en España »; y D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, la supone del año de 1612 ó sea un poco anterior á la estancia del poeta en Sicilia. Aun cuando pudiera aducirse en favor de una temprana traducción el hecho de dar Quevedo el simple dictado de bienaventurado Cardenal Borromeo á S. Carlos, cosa que no habría hecho después de la canonización de aquel santo prelado, ocurrida en 1.º de Noviembre de 1610, no puede por otra parte dejar de convenirse en que el bullicio de la corte y el tráfigo de los negocios es poco á propósito para estudios de aquella naturaleza.

Quevedo mismo nos da á entender que su traducción es posterior á la época supuesta; estas son sus palabras: « Este tesoro que hallé en lengua francesa, escrito por el bienaventurado santo, Francisco de Sales, para la enseñanza de todos los fieles, en quien se hallan tantas joyas como se leen letras, vino á mis manos traducido en la lengua española y impreso en Amberes, tan desfigurado de la pureza de su mina, y falto de muchas cláusulas que por el interés público me determiné á restituírle á sí propio (1) ».

(1) Prólogo á la 1.ª edición publicada en 1634 por Pedro Mallard, á quien Quevedo cedió el privilegio que obtuvo en 10 de febrero del mismo año.

Y si se tiene en cuenta que la primera edición española de que hay noticia cierta es de 1618 (1) y que en ella apenas se hace mención de una traducción flamenca, y no se habla de versión alguna española, es de creerse que la de Amberes á que alude Quevedo sea posterior á la de Eyçaguirre ó acaso una mera reimpresión de ésta. En todo caso, temprana ó tardía, es la traducción de Quevedo no sólo la más fiel de los versiones españolas conocidas, sino la que por su estilo semeja mejor la dulzura del original. Sería, pues, de desear que siempre se reprodujese tal como salió de sus manos, porque así estaríamos más seguros de poseer intacta la pura doctrina del original. De ejemplo podría servirnos la célebre ordenanza de Luis XIV, que animado de propósito semejante, prohibió, bajo severísimas penas á los impresores y editores que modernizasen el estilo de *la Introducción* y de cualesquiera otros escritos del santo obispo de Ginebra.

Una de las señales más evidentes de la excelencia de *la Introducción*, nos dice Bourdaloue (2), es su propagación y difusión en el cristianismo; una de las pruebas mejores de su universalidad, agregarémos nosotros, es la admiración que ha despertado entre los disidentes de la doctrina católica, y aun entre los mismos escépticos. Numerosas ediciones han hecho diversas sectas protestantes y no, son escasos los elogios que le han tributado los últimos (3).

Dijimos al principiar de estas líneas que era obra antisocial la persecución del cristianismo, y añadirémos, para terminarlas, que defenderlo y propagar su moral es por el contrario obra eminentemente humanitaria; y la publicación y difusión de libros que

(1) *Introducción a la Vida devota Por Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, Traducida de Francés en Romance Castellano, por Sébastian Fernandez de Eyçaguirre, En Bruzelas, Antonio, 1618.*

(2) Panegírico de San Francisco de Sales.

(3) Puede consultarse la versión inglesa de William Nicholl (London, Holt-1701). *Les landis de Sainte-Beuve* (3 janvier 1855). *The Gentleman Saint* en *The Seer* de Leigh Hunt y el estudio de Sacy que acompaña la edición de la *Introducción* publicada por Techener en 1855.

como el de la *Introducción á la Vida Devota* contienen en ordenado compendio esas doctrinas : labor que merece los mayores encomios y alabanzas. No hemos vacilado por eso, un instante en escribir este preámbulo, como no vacilamos tampoco en predecir un éxito brillante y afortunado á la presente edición. Suscribió san Francisco de Sales el prefacio de la primera, el año de 1608 en Annecy, el día 8 de Agosto ; por feliz augurio tenemos el calendar estas líneas en el año mismo en que ha de celebrarse el tercer centenario de aquel venturoso acontecimiento, y en el día en que la Iglesia conmemora gozosa la vida de tan ilustre santo.

En París, día de san Francisco de Sales, 1908.

N. J. CASAS.

INTRODUCCIÓN Á LA VIDA DEVOTA

COMPUESTO POR

EL BIENAVENTURADO FRANCISCO DE SALES

príncipe y obispo de Colonia de los Alóbroges

TRADUCIDO POR

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

Caballero del hábito de Santiago, y Señor de la villa de Juan Abad.

*Á la Majestad Católica Reina nuestra Señora
Emperatriz de América.*

Ofrezco á vuestra majestad el fruto de las flores de lis, que bajó como ellas del cielo en las palabras del bienaventurado San Francisco de Sales, Obispo y príncipe de Aurelia, en los Alóbroges. Hele vestido de la lengua española, porque dos veces sea vasallo de vuestra majestad quien, siendo moderno apóstol de Francia, hoy goza de aquella gloria donde con la predicación y ejemplo procuró encaminar todo aquel cristianísimo reino. Sus obras le coronaron en la bienaventuranza; y sus obras solicitan, traducidas en todas lenguas, esta corona para todos los que le supieron imitar y obedecer. Fué elección de la majestad de Enrique IV su prelación, que en esto dió más á Francia que tuvo en tan soberano dominio. Herencia es en vuestra majestad de tan glorioso padre el asistir con la devoción á padre tan santo y admirable en sus obras, á que asiste el fervor y celo católico del rey nuestro señor don Felipe el Grande. El Espíritu Santo, dice que las almas de los justos están en las manos de Dios: vea el mundo que su espíritu en su doctrina está en las manos de los

reyes; pues siendo vuestra majestad la reina más esclarecida que reverencia el mundo, tendrá en ellas con estos documentos los jacintos de que la esposa tenía llenas las suyas.

Humilde vasallo y criado de vuestra majestad,

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

PEDRO MALLARD Á LA NACIÓN ESPAÑOLA

Habiendo visto el fruto copioso y santo que este libro del bienaventurado Francisco de Sales ha hecho en Francia su patria, Alemania y Flandes, y cuán ajectuosamente le han dado á su habla todas las naciones, testificando su aceptación las muchas impresiones que dél se han hecho; y hallándome en España, con deseo de mostrar la afición que tengo á la nación, pedí á don Francisco de Quevedo Villegas le tradujese, restituyéndole á la pureza de su original, agraviado hasta ahora en infinitas cláusulas, y añadiéndole en otras muchas que le faltaban á lo hecho; y yo le imprimo con deseos de que todos le impriman en sus corazones; no por ganar, sino para que todos se ganen. Quien le compra, si no se aprovecha, más le vende que le compra. No es su precio la paga, sino la mejora. Por estas razones no he podido mostrar á la nación española mi voluntad y afición con mejores obras.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

Al pueblo católico cristiano en la obediencia de la santa iglesia de Roma.

Este tesoro, que hallé en lengua francesa, escrito por el bienaventurado santo Francisco de Sales, para la enseñanza de todos los fieles, en quien se hallan tantas joyas como se leen letras, vino á mis manos traducido en lengua española y impreso en Amberes, tan desfigurado de la pureza de su mina y falto de muchas cláusulas, que por el interés público me determiné á trabajar en restituirle á sí propio, imitando en este cuidado al que limpia el oro, que sólo atiende á descubrirle, sin gastarle; advirtiéndole que quien le disminuye, más roba que limpia, y antes merece nombre de ladrón que de artífice. Por esto, yo con desvelo religioso he solicitado no profanar la castidad apostólica de sus palabras con afectadas locuciones, que antes la adulteran que la pulen. Hallo sus discursos vestidos de palabras elegantes, como eficaces, vivas y ardientes, que hermosamente adornan sus sentimientos con gravedad honesta y majestad humana y tratable á la atención de los lectores. Adulter non quaerit prolem, sed delectationem. «El adúltero no busca la descendencia, sino el deleite»; nuestro gran padre busca los hijos espirituales, deleitando el espíritu. Hay muchos que hablan sólo por hablar: estos son igualmente inútiles para sí y para los que los oyen. Otros hablan y escriben sólo porque los alaben: estos son más desdichados cuando consiguen las alabanzas que, como cuando no las consiguen; muéstranse vanos y no doctos. Otros hay que hablan y escriben por enseñar á los ignorantes, encaminar á los perdidos, desengañar á los engañados y consolar á los miserables: método que sólo se aprende de las divinas letras por la meditación, y con el estudio de los santos padres y doctores de la Iglesia. Uno de estos espirituales maestros fué nuestro santo, pues en sus palabras y en su pluma no se oyó ni lee otra doctrina; por esto, fecunda y limpia de novedades sediciosas, fácil, segura y agradable. Parece que hablaba deste libro el glorioso doctor san Agustín en su

libro De Gratia et libero arbitrio, cuando dijo: «Repetid continuamente este libro, y si le entendéis, dad gracias á Dios; y si no le entenderedes, acudid con la oración á Dios para poderle entender, que Dios os alumbrará el entendimiento. Acordáos que está escrito: Si alguno de vosotros tiene falta de entendimiento, pídaselo á Dios, que es quien con liberalidad le reparte á todos». Si como hemos dicho, Dios da luz al maestro para que enseñe, en solo Dios la debe buscar el discípulo para aprender. Por esto pidió la Esposa al Esposo en los sagrados Cánticos que la besase con el beso de su boca: quiere su doctrina, mas quíerela de su boca, no pasada por otros labios ó formada por otra lengua. Hay verdades que las enferma el aire que forma las palabras, que las adultera la pronunciaición, ó balbuciente ó precipitada. Los católicos citan á san Pablo como él habló; los herejes, como ellos quieren que hable. En aquellos se oye al apóstol; en estos, los apóstatas. Los que no se contentan con seguir á los santos, sólo se contentan con perseguirlos; y por no decir lo que dijeron, dicen lo que ellos mandaron que no se dijese. Por esto nuestro bienaventurado autor, ceñido en sus doctrinas y asegurado en el fundamento de la fe, enseña la sabiduría de la caridad, que es la útil; así lo dice san Agustín sobre el evangelio de san Juan: «Añade la ciencia á la caridad, y será provechosa la ciencia, no por sí, sino por la caridad». Que la caridad sea plenitud de ciencia, lo dice el propio santo sobre el Salmo 78: «Preguntas: ¿De qué manera seré lleno de ciencia? ¿Quién llena de ciencia? Tienes de dónde te puedas llenar de ciencia: la caridad es plenitud de la ley. No te distraigas por muchas cosas ni te derrames; espanta el esparcimiento de las ramas, llégate á la raíz, y no atiendas á la grandeza del árbol; haya en ti caridad, que necesario es que se le siga plenitud de ciencia: ¿qué ignora quien sabe caridad, habiéndose dicho Dios es caridad?» Cuánta y cuán grande y cuán fervorosa fué la que tuvo nuestro santo, la ciencia de los libros que escribió lo dice: el del Amor de Dios, que parece lo escribió de sí el amor mismo; el de los Entretenimientos espirituales, cuya meditación parece que adelanta los de la patria; este de la Introducción á la vida devota, en que el más malo y el más ignorante hallará enmienda, razón y luz. Los frutos

de su caridad fueron más de treinta mil almas que convirtió con su predicación, asistida de su ejemplo; y otra innumerable infinidad que con sus obras reduce cada día, y reducirá, siendo para las tinieblas espirituales sol sin ausencia anohecida, cuyo día ni los antípodas nos le usurpan, ni nosotros á ellas, por estar amaneciéndoles siempre en entrambos polos la impresión, que en todas partes y á todas horas por este oficio piadoso adquiere nombre de oriente perpetuo. Léese en este libro la devoción santa y cortesana, la Sagrada Escritura en entrambos Testamentos, con declaraciones suaves, profundas y literales. Acompañanse los preceptos, de erudición grande y opulenta, empero aplicada sin pompa y presunción; de comparaciones propias, doctas y sutiles, de tal manera asistidas de las palabras, que ni á la verdad la falta adorno, ni ellas con la demasia embarazan á la verdad; tan decentes, tan ajustadas, que se oye en ellas la verdad vestida, y se ve desnuda. Da el santo á su doctrina adorno que es honesto, no elocuencia profana; sigue en todo á los santos. Ellos lo enseñan; san Jerónimo á Pamachio: «La interpretación eclesiástica, aunque tenga hermosura elocuente, debe disimularla, y huir de hablar solamente para las ociosas escuelas de los filósofos, sino para todos los hombres». Y san Ambrosio, sobre las epístolas de san Pablo: «La predicación cristiana no necesita de la pompa y cultura de las palabras, porque no parezca ser de la astucia de la humana sabiduría, y no de la verdad: allí se busca la composición de las palabras, donde testificándolo la virtud, no se muestra la verdad. En este libro la virtud testifica, y la verdad se muestra tan opulenta de luz, que en solo este libro se leen las doctrinas de los filósofos mejoradas y con enmienda; las proposiciones estoicas, cristianas y limpias; y tan católicamente corregidas, que si Sócrates, Zenón, Epicteto y Séneca vieran esta Introducción, leyeran lo que no acabaron de saber, y supieran lo que no pudieron alcanzar: sabiduría, que sólo halla en las Sagradas Escrituras y en los santos Padres quien, lleno de caridad santa, tiene el amor de Dios nuestro Señor Jesucristo por librería, y su temor por intérprete.

Censura del licenciado Blasco.

Por remisión del señor licenciado Zárate, cura propio de la iglesia parroquial de San Salvador y vicario teniente desta villa de Madrid, he visto el libro intitulado *Introducción á la vida devota*, que escribió en lengua francesa el bienaventurado Francisco de Sales, obispo y príncipe en Aurelia de los Alóbroges; traducido en castellano por don Francisco de Quevedo Villegas, caballero de la orden de Santiago. Y en él no hallo nada contra nuestra sagrada religión ni buenas costumbres, sino antes que toda la doctrina que contiene es pía y católica, y de universal provecho para los fieles que en todos estados buscan camino verdadero para la virtud, y medras en el servicio de nuestro Señor, y cumplimiento de su santa ley. Hallo también la versión ajustada con su original, añadida, reparada de muchas faltas y muy correcta de los errores que tenía la que se imprimió en Flandes. Y así, por esto, y por el útil que ha de resultar de tan santa y pía lección, me parece que se debe dar la licencia que se pide. En Madrid, á 6 de enero de 1634 años. El licenciado Blasco.

Censura del padre fray Mateo de la Natividad, lector de Teología de la provincia de San Pablo de descalzos franciscos.

Por mandado de vuestra alteza he visto un libro intitulado *Introducción á la vida devota*, compuesto por el reverendísimo Francisco de Sales, obispo de Colonia de los Alóbroges, y traducido en castellano de francés por don Francisco de Quevedo Villegas, caballero del orden de Santiago y señor de la villa de la Torre de Juan Abad. En el cual he hallado sana doctrina y en nada ajena de nuestra santa fe y buenas costumbres, y de quien se puede esperar pública utilidad en las personas que con devota atención la leyeren. Y así, juzgo podrá vuestra alteza dar la licencia que se pide para la impresión. Fecha en este convento de San Gil el Real de descalzos de nuestro padre san Francisco, en 3 de febrero de 1634. Fray Mateo de la Natividad.

PREFACIO

Amigo lector, ruégote leas este prefacio por tu satisfacción y la mía.

La jardinera Glicera sabía tan propiamente diferenciar la disposición y la mezcla de flores que acomodaba en los ramilletes, que sin aplicar otras diversas en color, se variaban en labor desconocida los unos de los otros; de suerte que el pintor Parrasio quedó vencido intentando contrahacer al vivo esta diversidad elegante de labores, porque nunca supo mudar la pintura en tantas diferencias como Glicera sus ramilletes (1). De la misma manera el Espíritu Santo ordena y dispone con tanta variedad los preceptos de la devoción que reparte á las lenguas y plumas de sus siervos, que siendo la doctrina siempre una misma, no por eso los discursos dejan de ser muy diferentes, según los diversos modos de que están compuestos. Quanto á mí, no quiero ni debo escribir en esta introducción sino aquellas cosas que han sido antes publicadas por mis predecesores acerca deste sujeto. Las mismas flores te presento, lector mío; mas el ramillete que te hago será diferente, á causa de la diversidad y aseo con que va compuesto. Los que han tratado de la devoción, casi todos han mirado á la instrucción de personas muy retiradas del comercio del mundo, ó por lo

(1) Plinius, Hist. Nat., lib. XXI, c. 11 (al III).

menos han enseñado una suerte de devoción, que conduce las almas á este entero retiro. Mi intención es instruir los que viven en las villas, en las familias y en las cortes, y que por su condición están obligados á pasar una vida común cuanto á lo exterior. Los cuales de ordinario, con pretexto de una pretendida imposibilidad, no quieren ni aun imaginar en la empresa de la vida devota; pareciéndoles que, como ningún animal osa gustar el grano de la yerba llamada *Palma Christi*, así ningún hombre debe pretender la palma de la piedad cristiana mientras vive en medio de las ocasiones y negocios temporales. Y yo les mostraré que, como la madre perla vive en medio del mar, sin que por eso tome algún gusto de agua marina, y como hacia las islas Celidonias hay fuentes de agua dulcísima en medio de las saladas ondas (1), y así como los piraustes (2) vuelan por medio de las más reforzadas llamas, sin que por eso sus alas padezcan algún detrimento, así puede una alma vigorosa y constante vivir en el mundo sin recibir ningún humor mundano; hallar los manantiales de una dulce piedad en las ondas amargas deste siglo; y volar en medio de las llamas de tantos apetitos como el mundo enciende de todas partes, sin quemarse las alas de los sagrados deseos y santas aficiones de la vida devota. Verdad es que esto es dificultoso; y así, querría que á este fin empleasen muchos su cuidado con más ardor y solicitud que hasta aquí han hecho. Pero conociendo yo mi flaqueza y débiles fuerzas, ¿cómo me atrevo por medio de este escrito á dar socorro á los que con un corazón generoso intentan esta divina empresa?

Podrá servirme de disculpa el no haber sido por mi

(1) Plinius, lib. II, c. ciii (al cvi).

(2) Arist., de Hist. Anim., lib. V, c. xix; Plin., Hist. Nat., lib. XI, capítulo xxxvi (al xlii). Según afirmaban los antiguos, estos insectos vivían en le fuego; leyenda que bien puede figurar al lado de las de Plinio sobre las perlas.

elección ó inclinación el salir esta *Introducción* á la luz del mundo. Un alma en extremo enamorada de la virtud, habiendo (tiempo há) alcanzado de Dios la gracia de querer aspirar á la vida devota, deseó á este fin mi particular asistencia; y yo, que la tenía diversas obligaciones, y que había mucho tiempo antes notado en ella gran disposición para este desinio, procuré con todo cuidado instruirla; y habiéndola conducido por todos los ejercicios importantes á su deseo y condición, la dejé por escrito algunas memorias, para que en ellas hallase ayuda que pudiese mejor facilitar su intento. Comunicólas después al docto y religioso Juan Fourier, teólogo de la compañía de Jesús, entonces rector del Colegio de Chambéry (1), que pareciéndole podrían muchos aprovecharse dellas, me exhorto las publicase; cosa que me persuadió fácilmente por tener su amistad para con mi voluntad el lugar debido á su merecimiento, y su juicio una grande autoridad para con el mío. Para que esta obra fuese más agradable, la he vuelto á ver, ingiriéndola y juntándola muchos avisos y doctrina propia á mi intención. Y puédeseme creer haber hecho todo esto casi sin ninguna manera de lugar; causa por que no verás aquí nada con la postrer mano, sino sola una junta de advertimientos de buena fe, los cuales explico por palabras claras é inteligibles (ó por lo menos lo he deseado); y en cuanto pertenece al ornato del lenguaje, no he querido ni aun imaginarlo, como quien tiene otras muchas ocupaciones.

Encamino mis palabras á Filotea, porque queriendo reducir á la utilidad común de muchas almas lo que primero había escrito para una sola, la doy el nombre común á to-

(1) De 1596 á 1598 dirigió este esclarecido jesuita la Universidad de Pont-à-Mousson; en 1603 pasó á ejercer el cargo de rector del colegio de Chambéry; allí hubo de tratarle con más frecuencia el santo y elegirle por director espiritual.

das aquellas que quieren ser devotas, porque Filotea quiere decir « amante, enamorada de Dios » (1).

Mirando, pues, en todo esto á una alma que por el deseo de la devoción aspira al amor de Dios, he dividido esta *Introducción* en cinco partes. En la primera de las cuales procuro, por algunas exhortaciones y ejercicios, convertir el simple deseo de Filotea á una entera resolución; que á la fin toma, después de su confesión general, por una sólida protestación, nacida de la santísima comunión, en la cual, dándose á su Salvador, y recibíendole, se entra dichosamente en su santo amor. Hecho esto, para adelantarla más, la muestro dos grandes medios para unirse á su divina Majestad; muéstrola también el uso de los sacramentos, por los cuales este buen Dios viene á nosotros; y la santa oración por la cual nos tira á sí; y en esto empleo la segunda parte. En la tercera la muestro cómo se ha de ejercitar en diferentes virtudes, propias á su adelantamiento, no deteniéndome sino en ciertos avisos particulares, de que entonces de sí misma no se hubiera podido aprovechar. En la cuarta la descubro algunas emboscadas de sus enemigos, mostrándola cómo se ha de librar dellas, y pasar adelante en su empresa dichosa. Finalmente, en la quinta parte, hago se retire un poco en sí misma, reparando y rehaciendo las cansadas fuerzas, para que después pueda más dichosamente ganar tierra y adelantarse en la vida devota.

Miserable es esta era; y así, me persuado que muchos dirán no pertenece sino á los religiosos y gentes de devoción el dar tan particulares instrucciones á la piedad; que éstas

(1) Algunos autores han asegurado haberse escrito la *Introducción á la vida devota* á petición de Enrique IV; la crítica moderna ha demostrado que san Francisco de Sales compuso dicha obra para instrucción de mademoiselle Louise du Chastel, quien contrajo matrimonio el año de 1600 con el señor de Char-moisy, gentilhombre del duque de Nemours y pariente del santo

requieren más lugar que el que puede tener un obispo cargado de peso tan grande como el mío, y que esto distrae el entendimiento, el cual debe emplearse en cosas más importantes. Pero yo, amado lector, te digo, con el gran san Dionisio (1), que principalmente á los obispos pertenece el perficionar las almas, por cuanto su orden es suprema entre los hombres, como la de los serafines entre los ángeles; de manera que el tiempo no muy ocupado no puede emplearse mejor que en este ejercicio.

Los antiguos obispos y padres de la Iglesia tenían por lo menos tanta afición á sus cargos como nosotros, y no dejaban por eso el cuidado de conducir las almas que querían valerse de su asistencia, como se ve en sus epístolas; imitando en esto á los apóstoles, que en medio de la siega general del universo, recogían ciertas espigas con una especial y particular afición. ¿Quién no sabe que Timoteo, Tito, Onésimo, santa Tecla y Apia eran los amados hijos del gran san Pablo, como san Marcos y santa Petronila de san Pedro (santa Petronila, digo, la cual, como muestra doctamente Baronio (2) y Galonio (3), no fué hija carnal, sino espiritual, de san Pedro)? Y san Juan escribe una de las epístolas canónicas (4) á la devota Electa. Pena es grande, yo lo confieso, el conducir las almas en particular, pero pena que antes alivia, igual á la de los segadores y vendimiadores, que jamás se ven tan contentos como cuando están cargados de obra y trabajo. Es un trabajo que descansa y conforta el corazón, por la suavidad que resulta á los que le padecen.

(1) De Eccles. Hier., c. v, §§ vi, vii.

(2) Ad annum 69.

(3) Hist. delle sante Vergini Romane. Este autor, italiano, sacerdote de la Congregación del Oratorio, nació en 1557 y murió en 1591.

(4) Ep., II.

*Dicen que la tigre (1), habiendo hallado alguno de sus hijuelos (el cual la deja el cazador en el camino para enganarla y entretenerla mientras se lleva los demás pequeñuelos), se le carga por cansada que esté, sin que por eso se halle más pesada, sino que antes más ligera corre á su guarida, para salvar el ligero peso que lleva. ¡ Con cuánta más gana un corazón paternal tomará á su cargo un alma cuando la halla con deseo de la santa perfección, llevándola en su seno como una madre hace á su hijo, sin que por eso sienta la amada carga! Pero sin duda es necesario que sea éste un corazón paternal, razón por que los apóstoles y hombres apostólicos llaman á los discípulos, no sólo sus hijos, sino aun más tiernamente, sus pequeños hijos»

Cuanto á lo demás, amado lector, verdad es que escribo de la vida devota sin ser devoto, mas no cierto sin deseo de serlo, y aun es esta afición la que me da ánimo á instruirte; porque, como decía un gran letrado, la buena manera de aprender es el estudiar, la mejor es el escuchar, y la bonísima es el enseñar. « Muchas veces sucede (dice san Agustín escribiendo á su devota Florentina) (2) que el oficio de distribuir sirve de merecimiento para el recibir, y el oficio de enseñar de fundamento para aprender ».

Alejandro hizo pintar la hermosa Campaspe, á quien con todo extremo amaba, de mano del único Apeles. Apeles habiendo forzosamente de considerar largo espacio el hermoso rostro de Campaspe, por cuanto le iba imitando en la pintura que hacía, imprimió de suerte en su corazón una pasión tan amorosa, que conociéndolo Alejandro y apiadándose de él, se la dió por mujer propia, privándose por amor de Apeles de la prenda que más en el mundo amaba: en

(1) Plin., Hist. Nat., lib. VIII, c. xviii (al xxv).

(2) Ep., cclxvi, § 1.

lo cual, dice Plinio (1), mostró la grandeza de su corazón, como pudiera por una muy gran victoria. Paréceme, pues, amigo lector, que siendo obispo quiere Dios que pinte en los corazones de las personas, no sólo las virtudes comunes, sino la muy cara y muy amada devoción; y yo lo emprendo de buena gana, tanto por obedecer y hacer lo que debo, como por la esperanza que tengo de que grabándola en los espíritus de los otros, el mío, por, ventura, podrá santamente enamorarse. Si su divina Majestad me ve vivamente tocado de afición, ella me la dará en casamiento eterno. La hermosa y casta Rebeca, abrevando los camellos de Isaac, fué elegida por su esposa, recibiendo de su parte zarcillos y brazaletes de oro (2); así yo me prometo de la inmensa bondad de Dios, que guiando sus caras ovejas á las saludables aguas de la devoción, hará á mi alma esposa suya, poniéndome en las orejas los zarcillos de las palabras doradas de su santo amor, y en mis brazos la fuerza del bien ejercellas, que es en lo que consiste la esencia de la verdadera devoción. La cual suplico á su divina Majestad me otorgue, y á todos los hijos de su Iglesia, á la cual sujeto mis escritos, mis acciones, mis palabras, mi voluntad y mis pensamientos.

En Annecy, día de Santa María Madalena, 1608 (3).

(1) Hist. Nat., lib. XXXV, c. x (al xxxvi).

(2) Génesis, xxiv, 20-22.

(3) El prefacio de la edición principe lleva la fecha de 8 Aoust 1608. En las ediciones posteriores se reprodujo dicho prefacio; pero á partir de 1616, se puso erróneamente como fecha día de Santa Madalena 1608 en vez de 1609, que es la fecha exacta de la segunda edición.

ADVERTENCIA AL LECTOR

(Segunda edición)

AL LECTOR

Amado lector: En esta segunda edición hallarás corregido este librito, y aumentado con muchos capítulos y cosas notables. No he querido adornarlo con citas, como lo apetecían algunos, porque los doctos no las han menester, y poco se curan de ellas los legos. No es siempre mi propósito el explicar las palabras de la Escritura cuando las reproduzco, sino antes bien el explicarme por su medio como quiera que son más agradables á las almas piadosas y más dignas de su veneración. Os digo lo demás en el prefacio. Nuestro Señor sea contigo.

ADVERTENCIA AL LECTOR

(Tercera edición)

AL LECTOR

Salió de mis manos en el año de 1608 este librito, que en su segunda edición fué aumentado de muchos capítulos, olvidándose por descuido, sin embargo, tres de los que se veían en la primera (1). Posteriormente ha sido impreso á menudo sin mi conocimiento, y con las impresiones, han crecido los yerros. Helo aquí corregido una vez más; pero siempre sin citas, porque no las necesitan los doctos, y á los legos poco importan. No me sirvo de las palabras de la Escritura para explicarlas en cada caso, sino para que como más suaves y dignas de respeto, me sirvan de explicación. Plegue á Dios que te aprovechen y que seas colmado de bendiciones.

(1) Los capítulos olvidados en la segunda edición son el XXIII, el XXXVIII y el XXXIX de la segunda parte de la edición príncipe: *De la decencia de los vestidos; de los deseos; que se ha de tener el espíritu justo y racional.*

ORACIÓN DEDICATORIA

Oh dulce Jesús, mi Señor mi Salvador y mi Dios, heme aquí postrado ante vuestra Majestad, ofreciendo y consagrando este escrito á vuestra gloria; vivificad las palabras que en él hay con vuestra bendición, para que las almas, por quienes lo escribo, puedan recibir las inspiraciones sagradas que les deseo, y particularmente la de implorar sobre mí vuestra inagotable misericordia, para que enseñando á otros el camino de la devoción en este mundo, no sea yo reprobado y confundido eternamente en el otro, sino que cante para siempre con ellos, como cántico triunfal, el mote que de todo mi corazón pronuncio, en testimonio de fidelidad entre los azares de esta vida mortal: VIVA JESÚS, VIVA JESÚS. SÍ, SEÑOR JESÚS, vivid y reinad en nuestros corazones por los siglos de los siglos. Así sea.